

El protagonista de esta novela llegó á escéptico por cansancio de una vida que le aburro porque jamás hubo de luchar por ella y pudo siempre realizar cuantos antojos acudieron á su imaginación y cuantos deseos inundaron su voluntad. Y el escéptico, esclavo de la neurastenia, terminó en abúlico por relajar su voluntad á fuerza de usarla.

En torno á esta figura, giran otras dos, una de las cuales, sobre todo, acusa un relieve plástico, poderoso. Son estas figuras las de Bermudez, el simpático secretario de Sigal, y de Batalla, el simpático propietario de la casa en que, durante su estancia en tierra de Santos, demoran el protagonista y su secretario Bermudez, radical por temperamento, con un radicalismo de buena fé, y luchador intolerante, quiere, á toda costa, imponer sus ideas progresivas. Batalla, inflexible católico de la buena copa, profundamente religioso, es un defensor intransigente de sus creencias y un batallador polemista por compleción espiritual.

Como figuras accesorias, Asunción, la monja de las hijas de Batalla, alma mística que bajo sus ropaje de belleza carnal, que se hace profesa en un convento; Luisa Amor, mujer licenciada, amiga de Alfredo. Y además de Asunción y de Luisa, otras de relieves menos acusados.

Con estos personajes, Insua ha sabido tejer una bella novela, que es obra de pensador á la vez que de novelista. Problemas sociales, junto á la gracia y humorismo; penetrantes descripciones junto á diálogos amenos, y siempre una acción interesante, sobriedad en el estilo, alejamiento de toda afectación, pureza de forma, clara visión de todas las pinturas, he aquí las cualidades que sobresalen y se destacan vigorosas en la bella novela que se llama *En tierra de Santos*.

José SUBIRA.



DE MIS ADMIRACIONES

ESPAÑOLISMO

Un hombre fuerte, de sesenta años cumplidos, que mata á su mujer en un arranque de celos, y después se mata él, no es un caso vulgar en estos tiempos.

La tierra llana, esa gloriosa Mancha de los hombres rudos é hidalgos y de las hombras fornidas y enamoriscadas, nos ofrece ese raro ejemplar vigoroso, de un españolismo del ayer de oro, de una fuerza superior en estos dias de afeminamientos y degeneraciones que sonrojan de vergüenza.

Yo sé del alma de aquellos pueblos que viven apartados del ferrocarril, en la interminable y desesperante explanada, donde aún hay hijos de Nuestro Altísimo Señor Alonso de Quijano, el Bueno, y nietos del D. Rodrigo, monterilla altanero, y tambien mozas garrridas, de pechos tersos, cara sonrosadas y ojos serenos que si prenden la llama de amores cuando tienen veinte alboradas abrilneas, saben mantener el mismo fuego cuando llegan las canas á platear las cabelleras abundosas que alisan graciosamente en una honestidad de poinado lugareño.

Alma fuerte, hidalga y donjuanesca, bizarra, en galantes amorios, es la de estos hombres altos, de afilados gestos y ojos brillantinos, que saben enamorar á las mujeres y tener numerosos hijos á los cuales van haciéndolos la merced del apellido, hontrándose con la franqueza al decir que ellos engendraron el varón que tuvo la Remedios del tío Gil, y la chiquilla de la viuda de José el de Criptana, y enorgulleciéndose al consignarles en sus testamentos unas dadivosas mandas para que nunca se quejen de su padre, cuyo título de hidalgo jamás cedería por ningún condado.

Alma de pasión la de estas gentes para las cuales tienen mis impetuosos amores el más cariñoso recuerdo. Viviendo con ellas, en estos pueblos grandotes y destartalados, cuyas casas sin blanquear despiden un sano olor de limpieza, se aprende á amarlo todo.